

EL MUNDO

Martes, 26 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.435.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Cómo hacer enemigos

ZBIGNIEW BRZEZINSKI

Resulta sorprendente que, en vez de los fuegos artificiales electorales con respecto a la política de Irak, los dos candidatos presidenciales de EEUU ofrezcan soluciones básicamente similares. Sus programas destacan la intensificación de la autoayuda iraquí y otras ayudas externas en la búsqueda de la estabilidad doméstica. Por desgracia, estas prescripciones no parecen, en sí mismas, capaces de funcionar.

Los dos candidatos se han vuelto prisioneros de una visión del mundo que, principalmente, equivoca el diagnóstico del cambio central de nuestra era. La «guerra del terror global» del presidente Bush es un eslogan político conveniente y sin sustancia verdadera que sirve para distorsionar, más que para definir. Oscurece el hecho central de que una guerra civil dentro del Islam esté enfrentando a fanáticos fervientes contra moderados cada vez más intimidados. La retórica y las acciones poco refinadas de los estadounidenses aumentan la posibilidad de que los moderados terminen por unirse con los yihadistas a causa de su ira atroz y se unan al mundo del Islam en una colisión frontal con Estados Unidos.

Después de todo, fijémonos en lo que está ocurriendo en Irak. Para un número creciente de iraquíes, su «liberación» de la tiranía de Sadam Husein se está convirtiendo en una ocupación extranjera despreciable. El nacionalismo se entremezcla con el fanatismo religioso en un potente brebaje de odio. Los índices de desertión de las nuevas fuerzas de seguridad iraquíes entrenadas por los americanos se están disparando peligrosamente, mientras que la probable intensificación de operaciones militares estadounidenses contra las ciudades insurgentes generará una nueva ola de heridos civiles y más reclutas para los rebeldes.

La situación no va a mejorar. Si el presidente Bush resulta reelegido, nuestros aliados no podrán proporcionar más dinero o tropas para la ocupación norteamericana. Bush ha perdido credibilidad entre otras naciones, que desconfían de su enfoque global. Además, los británicos han ido reduciendo la fuerza de sus tropas en Irak, los polacos respaldarán esta postura y los

paquistaníes dejaron bien claro hace poco que no apoyarán una política en Oriente Medio que les parece de autoderrota.

De hecho, en el mundo islámico en general, y también en Europa, la política de Bush se está combinando en la mente pública con la política del primer ministro israelí Ariel Sharon en Gaza y en Cisjordania. Exacerbada por resentimientos antiestadounidenses, esta política se caricaturiza ampliamente como una burda dependencia del poder, de actitud semicolonial y conducida por los prejuicios hacia el mundo islámico. El factible efecto secundario es que, de continuar con Bush a la cabeza, la situación se convertirá en una aventura estadounidense en solitario a gran escala.

Esta soledad global podría hacer de una administración reelegida un conjunto más vulnerable a la tentación de abrazarse a la alianza antiislámica, nostálgica de la Alianza Sagrada que se forjó en 1815 para evitar los levantamientos revolucionarios en Europa. La noción de una nueva Santa Alianza ya había sido promovida por aquellos que mostraban un interés especial en involucrar a EEUU en un conflicto prolongado con el Islam. Me viene a la mente de inmediato el refrendo de Vladimir Putin a Bush; también recuerdo a ciertos líderes antiislámicos hindúes a la espera de evitar el dominio de Pakistán sobre Afganistán; el Likud en Israel también se encuentra comprensiblemente tentado, e incluso China podría meter la mano en este puchero.

Para Estados Unidos, no obstante, una nueva Santa Alianza significaría el aumento del aislamiento en un mundo cada vez más polarizado. Esa perspectiva puede no perturbar a los extremistas de la Administración de Bush comprometidos con una lucha existencial contra el Islam y que desearían que EEUU atacara a Irán, pero que, por lo contrario, andan faltos de toda concepción estratégica y amplia del papel que la nación estadounidense tendría que desarrollar en el mundo. Aún así representa una gran preocupación en la mente de los republicanos moderados.

Por desgracia, el apuro al que se enfrentan los norteamericanos en Irak es más complejo que las soluciones ofrecidas hasta el momento por el bando demócrata del concurso presidencial. El senador John Kerry tendría la ventaja de disfrutar de mayor confianza entre los aliados tradicionales estadounidenses, ya que podría interesarle mucho volver a examinar una guerra que él no comenzó. Pero esto solo no producirá tropas y fondos alemanes y franceses. La cultura interesada de la cómoda abstención de toda responsabilidad dolorosa sobre temas de seguridad ha hecho que los principales líderes europeos se vuelvan generosos a la hora de ofrecer críticas y reacios a la hora de asumir cargas.

Para conseguir la cooperación de los países europeos, la administración que salga de las urnas deberá proponerles diversas opciones estratégicas. Los

Europeos necesitan convencerse de que EEUU reconoce que el mejor modo de influir en la resolución final de la guerra civil del Islam es dar forma a una Gran Alianza en expansión (en oposición a una Santa Alianza polarizada) que incluya a Oriente Medio, buscando la solución a los tres problemas más graves de la zona: el conflicto entre Israel y Palestina, el desorden iraquí y el desafío que supone un país impaciente y potencialmente peligroso, como es Irán.

Aunque cada problema es distinto y enormemente complejo, todos ellos se ven afectados entre sí. Los tres deben abordarse simultáneamente y sólo podrán resolverse de forma eficaz si EEUU y Europa cooperan y dialogan con los países musulmanes más moderados. Una gran estrategia forjada entre EEUU y Europa contaría con tres frentes principales. El primero sería una declaración conjunta de EEUU y la UE en la que se resumirían los principios básicos de una fórmula para lograr la paz entre Israel y Palestina, en la que los detalles deberían ser negociados posteriormente por ambas partes. Sus elementos clave no deberían incluir el derecho al retorno o la aceptación automática de las fronteras de 1967, sino una compensación territorial equivalente ante cualquier cambio, la incorporación a Israel de los asentamientos suburbanos sobre las fronteras de 1967, excepto aquellos situados a más de una determinada distancia en el interior de Cisjordania, que se desocuparían para su ocupación por parte de los refugiados palestinos, una ciudad de Jerusalén unida, que haría las veces de capital de los dos estados y un Estado de Palestina desmilitarizado con presencia de fuerzas de paz internacionales.

Dicha declaración conjunta, al proporcionar a la opinión pública israelí y palestina una visión de futuro más concreta, ayudaría a generar el soporte adecuado para lograr la paz, incluso si los líderes respectivos y algunos de sus ciudadanos se opusieran inicialmente.

En segundo lugar, la UE aceptaría realizar una contribución financiera importante para la reconstrucción de Irak, así como el despliegue de una fuerza militar considerable (incluyendo contingentes franceses y alemanes, como en el caso de Afganistán) con el objetivo de reducir la presencia militar estadounidense.

De manera paralela, un esfuerzo serio en el proceso de paz entre Israel y Palestina podría hacer que algunos estados musulmanes se involucrasen en la reconstrucción iraquí, como sugirió recientemente el presidente de Pakistán, Pervez Musharraf. El efecto sería una transformación de la ocupación de Irak en una presencia internacional de transición, lo que aumentaría en gran medida el nivel de legitimidad del actual régimen títere instaurado en Irak. Si no se logran avances en el problema entre Israel y Palestina, cualquier régimen en Irak posterior a la ocupación estaría enfrentado a EEUU y a Israel.

Además, EEUU y la UE efectuarían un acercamiento a Irán e iniciarían

conversaciones acerca de temas de seguridad regional, como Irak, Afganistán y la proliferación de armas nucleares. El objetivo a más largo plazo sería una fórmula aceptable que acabase con la adquisición de armas nucleares por parte de Irán y que, al mismo tiempo, le concediese una posición más moderada gracias a una normalización de sus relaciones con Occidente que le resultase beneficiosa económicamente.

Una iniciativa integral en la línea de lo anteriormente mencionado forzaría a los líderes europeos a adoptar una postura: no unirse a esta línea de actuación tendría el riesgo de reforzar y legitimar las acciones unilaterales por parte de EEUU, al mismo tiempo que empujaría a Oriente Medio a una crisis aún mayor. EEUU podría atacar Irán o abandonar Irak de forma unilateral. En cualquier caso, compartir las cargas y las decisiones proporcionaría una mejor solución para todos los países involucrados.

Zbigniew Brzezinski fue consejero de Seguridad Nacional de la Administración del presidente estadounidense Carter.

© Mundinteractivos, S.A.